

EL AMOR CANCELADO

EDGAR MORA ALTAMIRANO

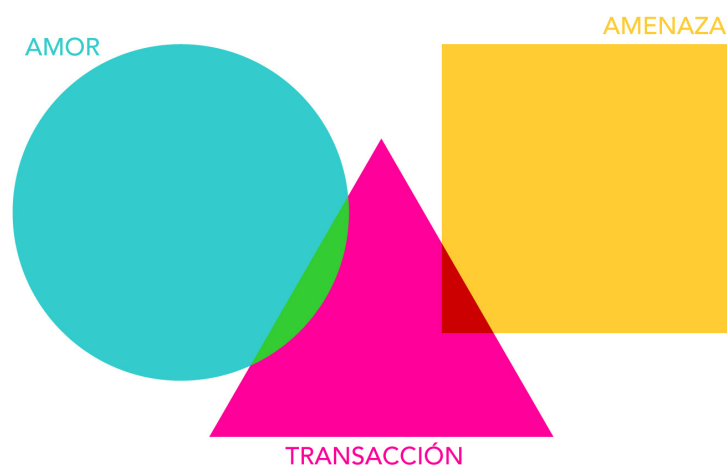
Las circunstancias adversas del país se perturbarán más si con ocasión del presente estado de agitación social y restricciones económicas se gestiona exitosamente la estigmatización de las artes, por su presunta irrelevancia frente a otras actividades cuya importancia, también presunta, se engrandece ante los problemas de las finanzas públicas, y si adicionado a lo anterior, a las instituciones culturales se les sigue tratando como un lastre bajo la amenaza constante de hacerlas desaparecer.

La ocurrencia de estas dos circunstancias está a la vista en sucesivos recortes de presupuesto y en el descuido progresivo de la oferta artística, más recientemente en el uso de eufemismos como “fusión” para señalarles un futuro posible en el que ya no estén, todo lo cual señalan y denuncian las comunidades de artistas constantemente. Sin embargo, una señal más sustantiva al arte, fácilmente discernible en este ámbito por su carácter poético e intangible, lo es la dislocación de la cultura (arte e institución) de su papel como capa envolvente de un propósito nacional y, a la vez, un espíritu integrador de los factores, lo que Byung-Chul Han define como un silogismo imprescindible:

“El Espíritu es una conclusión, un silogismo, un todo integral en el que las partes componentes se conservan de manera significativa (aufgehoben). El todo integral es una forma concluyente. Pero sin el Espíritu, el mundo entero se desmorona en elementos meramente aditivos y no incorporados. El espíritu constituye la interioridad del mundo (Innerlichkeit) y la compostura (Sammlung): lo que reúne, o compone (versammelt), todo en sí mismo” (2018).

Dicho de otro modo, la institucionalidad cultural y las artes no están siendo capaces de articular la cultura nacional. Esto es todavía más grave si se considera que la sociedad actual sí requiere urgentemente de un Espíritu integrador de los factores y de la compostura que le acompaña y compone. Esta es posiblemente la crisis más grave de nuestra cultura y, por lo tanto, de nuestra contemporaneidad. No puede ser de otro modo si se considera que de la disección de la crisis del país, no de sus síntomas, aparecen tres novedades políticas con las que no sabemos lidiar sin un aporte integrador: inequidad, desconfianza y ausentismo.

Eximir a la cultura de su rol fundamental como marcapasos moral, por la vía indigna de su supresión, nos expondrá indefinidamente al estado de fragmentación que nos domina. Se comprende entonces que algo tan severo como la pérdida del potencial cultural no puede ser resultado meramente de un episodio fiscal -es claro-, entonces de qué es resultado. La frase seminal de la institucionalidad cultural -que es también la narración de una época- es fundamental para comprender lo que ha sucedido. “Para qué tractores sin violines”, es una manifestación bien lograda del poder del amor, de esa singular cara del poder que reduce a la amenaza y la transacción -las otras dos caras del poder- a una escala menor, con una operatividad disminuida.



Ya mencioné que hoy la cultura (arte e institución) vive la zozobra de quien es amenazado; también, que la amenaza es otra cara del poder y que adicionadas a esta, la transacción y el amor completan un tríptico: el poder tiene tres caras, según Boulding . Lo repito porque esta teoría es apropiada para analizar la transición que la cultura ha experimentado desde el momento en que su necesidad fue enunciada con enamoramiento hasta el presente en el que el poder que se ejerce sobre ella es tan autoritario como para anunciar su posible supresión. Pero, ¿qué es el poder?

“Para los seres humanos tomados individualmente, el poder es la capacidad de conseguir lo que uno quiere. Sin embargo, la palabra poder también se utiliza para describir la capacidad de lograr objetivos comunes por parte de familias, grupos, organizaciones de todo tipo, iglesias, empresas, partidos políticos, Estados nacionales (...) en este sentido humano el poder es un concepto que no significa nada si no se tiene en cuenta las opiniones y las decisiones humanas” (1990).

¹ BOULDING, KENNETH, LAS TRES CARAS DEL PODER, PAIDÓS, 1990

En este marco de referencia, las frases que se dicen sobre la cultura dan cuenta de unas opiniones y decisiones que ciertamente tendrán consecuencias porque hacen sentido respecto al equilibrio del poder que efectivamente se ejerce. De ese modo, lo que se narra sobre las épocas ha tenido desde el inicio de la institucionalidad cultural hasta ahora un vínculo de causalidad con el papel real que se le ha asignado a las artes. Hoy, como ya he dicho, el poder sobre ellas está determinado por la amenaza y además se tiene con apariencia de verdad que antes de llegar acá pasó a estar determinado por la transacción, en forma del eufemismo un tanto más sofisticado de “economía naranja”, lo cual en términos finales supeditó a la cultura (arte e institucionalidad) a otras agendas institucionales externas a ella misma.

Si se observan las tres caras del poder y se ubica la preeminencia de una u otra en las épocas de la gestión política del Ministerio de Cultura, resulta evidente que este divaga y se equivoca, desde hace unos años, sobre cómo usar su poder e incluso sobre si tenerlo, achicarlo o de plano entregarlo. Su problema es de identidad, primero, y luego de debilidad; lo segundo como mera consecuencia. También es claro, a la luz de este planteamiento, que las artes y la institucionalidad cultural aportarían una voz severa y estructuras sólidas si es que la sociedad hubiera decidido procurar para sí habilidades que le faciliten resolver contingencias políticas complejas. Es decir, si la sociedad hubiera sido liderada para entender que las partes componentes no se sostienen por sí mismas no importa su materialidad, peso o volumen.

Para Frank Lloyd Wright la democracia traería, durante la modernidad, el desafío de armonizar la ciencia, el arte y la religión. Este parece ser un desafío absolutamente actual. El arte, entre esos dos gigantes solidificados por la acción del dogma o el método, se puede imaginar como el único de los tres que contesta al consumismo en tanto que se completa -sobre todo si es contemporáneo- por los actos de su testigo que es entonces participante de la obra y no mero consumidor, cliente, usuario, partidario o administrado. No es fácil por esto mismo aceptar que la propia crisis provocada en la cultura por la institucionalidad cultural expresa las dificultades de esta última de medir y encajar por sí misma su importancia en el siglo XXI y de elegir asertivamente su rol político y social de entre una variedad o conjunto de ideas del futuro que son factibles y, por el contrario, nos deja plantados, por decirlo de ese modo, frente a dos paneles corredizos que cuando están extendidos cierran el paso y, cuando uno está sobrepuesto al otro, anulan mutuamente su imagen y su comprensión.

Es importante, y seguramente es posible, regresar al amor como el factor integrador de la institucionalidad cultural. Enunciar de nuevo el “¿Para qué sin?”, es importante para el arte pero incluso lo es más para conglomerar un Espíritu y una compostura que nos ayude a calzar los mosaicos y los paisajes fragmentados en los que nos hemos convertido.

BIBLIOGRAFÍA

Boulding, Kenneth E., *Las Tres Caras del Poder*, Paidós, 1990.

Brown, Wendy, *In The Ruins of Neoliberalism*, Columbia University Press, 2019.

Han, Byung-Chul, *Physo-Politics*, Verso, 2017.

Wright, Frank Lloyd, *An Organic Architecture*, Lund Humphries, 2017.

Martin, Reinhold, *Mediators Aesthetics, Politics, and The City*, University of Minnesota Press, 2013